

El Bicentenario del inicio de la guerra de Independencia de México. La participación del INAH en la conmemoración

Arqueólogo Ignacio Rodríguez García
DIRECCIÓN DE ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS
irrodrix@hotmail.com



Collar de cuentas en forma de calavera con ojos incrustado de turquesa. Cultura Huasteca, época Posclásica. Museo Nacional de Antropología. © Foto Martha López y José Antonio González.

Introducción

Al cumplirse el próximo año 2010 el segundo centenario del inicio de la Guerra de Independencia, es necesario que nuestro Instituto establezca un plan de trabajo a desarrollar durante los poco más de 5 años que faltan para la fecha, así como el respectivo programa de actividades que se realizarán el mencionado año. Acorde con su papel

como encargado de las tareas de protección, conservación, investigación y difusión del patrimonio cultural de México, el INAH sin duda aspira a lograr una presencia destacada en los eventos con los que se conmemorará el bicentenario, no sólo porque heredó —al momento de ser fundado— una relevante tradición de estudio de los elementos que conforman la identidad

nacional, sino especialmente porque, luego de su fundación, ha acumulado una ingente cantidad de estudios sobre nuestra historia y nuestro patrimonio. A esta meta se ha establecido ya una amplia línea de trabajo que abordará labores específicas acerca de la Independencia, tales como la creación del *Seminario de Estudios sobre la Independencia de México*, con sede en la

Dirección de Estudios Históricos. Esta acción se acompañará de una serie de actividades e interrelaciones con otras instituciones para abordar diferentes aspectos (con diversos enfoques) de temas de estudio claves para la comprensión de la Independencia (véase Terán y Gayol, 2005).

Por mi parte, desde el proyecto *INAH, Tiempo y Nación* (ITyN), para el programa de actividades de la conmemoración sugiero dos líneas de trabajo generales que no son propiamente sobre la Independencia en sí, sino sobre la valoración de la misma por parte de los académicos, del Estado mexicano y de la población: a) una línea relativa a la revisión de los enfoques históricos tradicionales sobre la gesta independentista, con su consiguiente propuesta de construcción de nuevas teorías y percepciones; y b) otra relativa a hacer énfasis en lo que la nación ha hecho en estos 200 años para mantener la Independencia, tanto en lo político como en cuanto al desarrollo de mecanismos y actitudes de reforzamiento de la identidad nacional frente al concierto mundial, especialmente a propósito de la valoración y puesta en conocimiento público de su patrimonio histórico y cultural. Más adelante argumento sobre la pertinencia de estas dos líneas de trabajo.

Para la conmemoración cabría esperar que tanto las autoridades, como todos y cada uno de los trabajadores del INAH asuman en sus respectivas áreas de acción el compromiso de alcanzar un *desempeño brillante* en las actividades del programa nacional que el Estado defina al efecto, incluyendo, desde luego, la preparación calculada y oportuna de libros, videocintas, discos de video digital, mesas redondas, exposiciones y conferencias de muy amplio alcance; esta meta requiere elaborar ya una propuesta de acciones relevantes y complementarias.¹ No es desconocido que otras instituciones están ya trabajando desde hace años con miras a la conmemoración, por lo que, ciertamente, nos llevan una apreciable ventaja que necesitamos disminuir.²

No hay que perder de vista que el bicentenario ocurrirá en el siguiente

sexenio presidencial, con las consiguientes incertidumbres respecto a la continuidad de políticas administrativas y de presupuestos en las labores de nuestro Instituto. No obstante, por mucho que cambien tales aspectos, los temas académicos que definamos los investigadores del INAH en este sexenio deberían ser casi los mismos en el siguiente; las líneas de trabajo propuestas en este artículo, como todas las que se propongan en éste y otros foros, deberán discutirse y evaluarse por la comunidad académica, en el entendido de que tenemos la capacidad de sostener los temas consensuados ante las vicisitudes sexenales y las visiones no académicas de la clase política.

Cabe aquí recordar que en el año 2010 se conmemorará el primer centenario del inicio de la Revolución Mexicana, tema en el que el INAH también tiene mucho que decir y mucho en que destacar; pero es posible que el tema privilegiado por el Estado será el de la Independencia, habida cuenta del abandono de la retórica revolucionaria en los planes, programas y discursos gubernamentales desde hace unos 20 años.³ No obstante, la participación de nuestro Instituto en ambas conmemoraciones no deberá planearse dividiendo los esfuerzos de sus recursos humanos, sino multiplicándolos. Otro texto habrá de abordar propuestas para el centenario de la Revolución.

a) La historia tradicional y las nuevas historias sobre la Independencia

1. Entre 1810 y 1910 el desarrollo de la historia como disciplina académica tuvo lugar principalmente en el Viejo Mundo, donde campeó como meta la objetividad propugnada por Ranke y su amplia escuela. Así se construyeron historias enciclopédicas y eruditas donde los procesos eran visualizados como una sucesión de reyes, invasiones, batallas y tratados de paz, y donde cualquier asomo de interpretación era académicamente reprobable; la historia era sólo una, y siempre referida a los “hechos reales” y fidedignamente documentados (Novick 1997).

Por supuesto, el ideal de la objetividad fracasó en la práctica —que no

en los prefacios de los libros escritos con esta tendencia— en el mundo y en México, y durante ese siglo fue norma la publicación de obras donde la figura de los próceres independentistas es una apología de los héroes, y una enumeración de sus virtudes. En estas obras las frecuentes disputas y desavenencias internas entre los rebeldes insurgentes son anecdóticamente comentadas y, si acaso, apenas puntualizadas cuando convenía a los intereses de los posteriores gobernantes en turno, es decir, cuando era conveniente denostar a antagonistas que fueran herederos específicos de uno u otro bando insurgente. Notoria es también la tendencia a construir un imaginario general donde el pueblo se alza como un solo ente a la lucha contra España, siendo casi desconocidas las referencias a aquellos individuos y grupos que, dignamente, se negaron a sumarse a la traición.

Parece claro que este enfoque de la historia entre 1810 y 1910 estaba perneado por la urgentísima necesidad de lograr la unidad nacional, habida cuenta de las dolorosas intervenciones extranjeras y la desgarrante lucha fratricida entre liberales y conservadores, y republicanos y monarquistas, hechos que tiñeron de drama el siglo XIX. Así pues, un tema que parece interesante, aparte del estudio de la Independencia a la luz de nuevas teorías y datos recientemente descubiertos, es el análisis de las propias formas de historiar la Independencia en ese siglo; cuál fue el efecto de dichas formas en la conciencia nacional y de qué manera moldearon la identidad del público; cómo es que ciertos objetos se definieron como reliquias, determinados edificios como monumentos (Choay 2001: 84-87) y variopintos personajes como próceres; y, por último, cómo esas historias pasaron a ser instrumentos del Estado⁴ en su difícil tarea de lograr la unidad nacional y la cohesión social.

2. Entre 1910 y 2005 la historia como disciplina académica ha sufrido fuertes cuestionamientos y reflexiones en el mundo sobre su papel, especialmente en cuanto a su pretendida inocuidad como una neutra relatoría



Orejas de *Spondylus* caladas y con decoración esgrafiada encontradas en Jiquilpan, Michoacán. Museo Nacional de Antropología. © Foto Martha López y José Antonio González.

de hechos. El espectro de la crítica inconforme incluye desde su infravaloración cuando se asume como sólo una sucesión de datos y fechas, hasta su ataque cuando se le percibe como un recurso ideológico de penetración capitalista.⁵ Las fuentes de los cuestionamientos mencionados son muy variadas; entre ellas destacan el llamado empiriocriticismo y las primeras críticas del Círculo de Viena en los años 20, que derivaron en el neopositivismo; la dicotomía entre historia “pura” y propaganda, aparecida con el fascismo y luego exacerbada durante la guerra fría; el movimiento de reacción contra la industrialización, el evolucionismo, la ciencia y la modernidad, que derivó en el posmodernismo; y, más recientemente, la puntualización de la historia como barómetro de las alternadas épocas de oscurantismo e ilustración, especialmente a raíz de las reformas reaganianas en la educación pública en los Estados Unidos.

Estas sucesivas oleadas críticas siempre han llegado con retraso a México, y ciertamente que sus consecuencias han hecho una escasa me-

lla en el gran público, pues su efecto principal se ha visto limitado sólo al ámbito académico. A no dudar, el dominio de la historia oficial ha sido copado por el Estado, a partir de la institucionalización de la Revolución y el apogeo que significó la aparición de los libros de texto gratuitos en los años sesenta del siglo XX, con lo que ese gran público hubo de tragarse la visión de nuestra independencia como una sacrosanta gesta por dotarnos de libertad. Setenta años de regímenes priistas dejaron su impronta, y sólo la alternancia en la silla presidencial en 2000 permitió un clima donde se socavaron los ideales populistas en la historia oficial y, por primera vez, se alteró de manera radical la forma y el contenido de los libros de texto. La intelectualidad, resignada durante el priismo a una visión popular en el discurso histórico, reaccionó encantada a la osadía del gobierno foxista porque, al fin, tuvo oportunidad de lucir y abonar sus propias ideas en cuanto a la finalidad y el papel de la historia, ideas que habían nacido de la discusión sobre la teoría y el méto-

do de la historia, que durante décadas fueron comunes en otras tradiciones académicas en Europa, Asia y los Estados Unidos. A la fecha, la discusión sobre los libros de texto gratuitos sigue vigente.

Resulta atractivo, entonces, conmemorar el bicentenario desarrollando temas de análisis sobre el ambiente académico y sociopolítico que posibilitó una historia uniforme —casi tersa— sobre las causas que llevaron a la lucha por la independencia, y que a partir de 1910 fue usada para bautizar al pueblo dotándolo de una conciencia donde la *unidad social* es el legado que debemos agradecer a los héroes que nos dieron patria, y que, enseguida, nos tocaba mantener a toda costa; tal fue la tónica de varias décadas de priismo. Otros aspectos interesantes pueden incluir el análisis del hecho, aparentemente contradictorio, de que durante el siglo XX constantemente se utilizaba la retórica independentista (reforzada con la revolucionaria), para justificar las acciones gubernamentales, mientras que la misma independencia era socavada vía la deuda externa y la siempre

creciente dependencia financiera, tecnológica y política con el extranjero.

El Tratado de Libre Comercio parece iniciar una tendencia a rebajar la independencia del país a una autonomía política *interna*, pero éste es un precio que muchos países de otros tratados pagan gustosos por apearse a la tendencia mundial (como lo demuestra la exitosa Unión Europea, que ahora incluye países ex socialistas), tendencia que, al parecer, es imparable. Entre otras preguntas surge, pues, una muy espinosa: ¿es nuestra sacrosanta Independencia un fantasma a superar para lograr una integración plena, no traumática, al TLC y a la eventual Unión de Norteamérica?

b) La Independencia como identidad, la Identidad como independencia

1. La Independencia conseguida en 1821 sirvió poco como punto de partida para el despegue económico y desarrollo pleno de la nación, entre otras cosas a causa de las intervenciones extranjeras y de los conflictos internos entre los diferentes bandos políticos que se disputaron el poder. No obstante, el recuerdo de Hidalgo, Morelos, Allende y otros próceres fue siempre la plataforma común de acuerdo, a partir de la cual se reafirmaba la mexicanidad. De tal suerte, la definición de “lo mexicano” encontró siempre un punto de partida en la Independencia, aunque sin que se olvidaran los antecedentes prehispánicos y coloniales.

La identidad basada en la Independencia jugó un preponderante papel en un siglo que fue testigo de invasiones expansionistas e imperialistas estadounidense, francesa e inglesa,⁶ y de la desaforada ocupación colonialista de África y Asia por Europa. Así, la nación se ocupó de crear y reforzar un combativo imaginario social (...*mas si osare un extraño enemigo profanar con sus plantas tu suelo...*) como mecanismo psicológico para sostener la endeble independencia, y a desarrollar una angustiante política de contrapesos en sus relaciones exteriores con las siempre amenazantes potencias mundiales. La guerra contra los Estados Unidos y luego la Intervención Fran-

cesa (realizada a pesar de la doctrina Monroe) generaron un estilo de política exterior de concesiones y alianzas con distintos bandos, tales como el controvertido Tratado McLane-Ocampo del gobierno de Benito Juárez y los acuerdos, y concesiones fiscales y territoriales de Porfirio Díaz con diversas compañías ferrocarrileras. La Independencia, duramente ganada a España, pasó así a constituirse en el único timbre de orgullo en la identidad de una atribulada e intervenida nación, y en el único recurso ideológico que podía ser esgrimido con alguna eficacia por el Estado.

2. Pero a partir de 1910 las expectativas para México cambiaron significativamente. Aunque en 1914 y 1916 nuevamente hubo presencia de tropas estadounidenses en suelo mexicano, el panorama mundial hizo de México un territorio más valioso como aliado y proveedor de materias primas que como un no muy apetitoso territorio plagado de molestas guerrillas chinacas. La Gran Guerra, la aparición del fascismo en Europa, la Segunda Guerra Mundial y luego la Guerra Fría llamaron la atención del concierto mundial sobre México, como lo demuestra el coqueteo que el II Reich alemán hizo para atraerse al país como aliado contra los Estados Unidos, el apoyo estadounidense a las políticas antifascistas de los gobiernos revolucionarios de los años 30, el contenido disgusto de gringos e ingleses por la nacionalización del petróleo a fin de garantizar su abasto durante la Segunda Guerra Mundial, y, finalmente, la sucesión de alianzas militares promovidas por los Estados Unidos para enfrentar una eventual agresión comunista contra el Continente (*Acta de Chapultepec* [1945], *Tratado de Río* [1947], *Carta de la Organización de Estados Americanos* [1948]), alianzas donde México adquiere un papel relevante por su ubicación estratégica.⁷

En este ambiente de cambio en las actitudes de las potencias mundiales disminuyó sensiblemente el peligro hacia la independencia política, por lo que la actitud del Estado mexicano varió en cuanto a la valoración de la

gesta independentista. Ésta dejó de ser el primer elemento de definición de “lo mexicano”, y el Estado se aplicó a la consolidación ideológica y difusión de aquellos elementos que configuran el perfil de lo que es la nación y lo que le es caro: su patrimonio cultural, núcleo de su *Identidad*. En 1939, año en que inicia la Segunda Guerra Mundial, se funda el INAH para consolidar múltiples esfuerzos de protección del patrimonio, que ya se venían gestando orgánicamente desde 1825 y 1885.⁸ Al fundarse, el INAH retoma la antorcha de la protección del patrimonio en una época en la que el fantasma del fascismo amenazaba con liquidar los logros populares de la lucha revolucionaria; por lo que, naturalmente, sus primeros esfuerzos se orientaron a poner de relieve el valor de nuestras costumbres y las diferentes culturas nacionales, contraponiendo así esta ideología a la del fascismo, donde el individuo es menos importante que el Estado.

También hubo factores internacionales que ayudaron a México en este esfuerzo: en la segunda mitad del siglo XX atestiguamos dos procesos clave que inciden en la valoración de la Independencia y de la identidad. Primero, aparece una ola de luchas de descolonización de las emergentes naciones africanas (como Argelia) y asiáticas (como Viet Nam), proceso que México observó desde la tranquilidad de haber pasado esa etapa siglo y medio atrás; segundo, aparecieron grandes bloques hegemónicos (la OTAN, el Pacto de Varsovia, el Grupo de Países No Alineados) que atraen, a la fuerza o de grado, a muchas naciones a integrarse a ellos, con la consecuente pérdida de cierto grado de autonomía.

Sin la necesidad de apoyarse en el recuerdo de la Independencia —pues en el mundo independizarse pasó a ser moralmente aceptable porque se volvió mundialmente necesario para la economía de mercados libres— y ante la necesidad de deslindarse de bloques hegemónicos que nos convirtieran en blanco de ataques de diversa índole, el Estado adoptó políticas que resaltarán el orgullo y el gusto por ser nosotros y no parte de otros, y en esas políticas el INAH estuvo a la vanguar-

dia. La creación de los museos nacionales de Antropología, del Virreinato y de las Intervenciones, las excavaciones en Palenque, Tula, y Teotihuacán, la creación de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía, etcétera, son unos cuantos de los innumerables ejemplos de una gesta por reforzar nuestra identidad, convertida ahora en el mecanismo adecuado para mantener nuestra independencia, y así enfrentarla a las tendencias globalizantes.

En resumen, si entre 1810 y 1910 la identidad nacional abrazó el recuerdo de la lucha por la Independencia, entre 1910 y 2005 nuestra independencia se apoya ciento por ciento en nuestra Identidad.

Una conmemoración crítica del Bicentenario

Como he tratado de mostrar, la participación del INAH en los actos para

conmemorar el Segundo Centenario del Inicio de la Guerra de Independencia deberá ser, a mi juicio, crítica. Me parece agotado el recurso de crear o repetir —aun mejoradas— nuevas apologías de héroes,⁹ exaltaciones de la bravura en batallas, o redocumentaciones de encarcelamientos y fusilamientos; más agotado aún me parece el lastimoso papel de convertirnos en logógrafos de políticos, o simplemente sumarnos a cantar con fervor patriótico y lágrimas en los ojos el Himno Nacional el 15 de septiembre de 2010. Me parece más atractivo y acorde con nuestros tiempos desarrollar análisis críticos de lo que fue la Independencia como conflicto de conciencias, lo que significó para las masas durante el siglo XIX, cómo se le apreció en ocasión del primer Centenario (tema sobre el que abundaremos en el siguiente apartado), cómo varió su valoración durante el siglo XX, y qué aprenderemos

de lo que la sociedad mexicana, como ente y como sectores, tenga que decir en 2010 sobre la Independencia.

El Bicentenario es una estupenda ocasión para analizar el concepto “independencia” y cómo situamos a nuestro país con respecto a él. Más allá del júbilo propio de la ocasión, es menester hacer una introspección que nos ubique en el actual contexto mundial y que, sobre todo, nos ilumine un poco sobre el proyecto de nación que pretendemos, proyecto que, hoy por hoy, no tenemos. Después de todo, de nuestra participación crítica en los actos de conmemoración del Bicentenario habrá de surgir un análisis crítico de quienes conmemoren el Tricentenario (si es que la sociedad de 2110 todavía cree que valga la pena); de nosotros depende que ese análisis sea positivo.

El Primer Centenario del Primer Centenario

El año 1910, cuando se celebró el primer Centenario de la Independencia, pertenece a una época crucial en la historia de México: culmina el porfiriato (e inicia la Revolución Mexicana), se fundan la Universidad Nacional y la Escuela de Altos Estudios, se inauguran los magnos trabajos de reconstrucción de la Pirámide del Sol, en el ambiente flotaba un fuerte espíritu de progreso animado por el positivismo, el peso plata mexicano retaba y llegaba a desplazar al dólar estadounidense, la *pax porfiriana* creaba un espejismo de progreso y adelanto dentro y fuera del país. En este ambiente, la celebración del primer Centenario estuvo constituida por una serie de sucesos, orquestados por el Estado, para reforzar en el imaginario social la importancia de la Independencia y los felices resultados de la misma a cien años de iniciada. Así, son casi innumerables las ceremonias y comidas diplomáticas donde legaciones extranjeras, invitadas *ex profeso*, acudieron a presentar las felicitaciones de sus respectivos gobiernos, no sin antes desfilar marcialmente por calles de la Ciudad de México; algunas de estas legaciones obsequian al pueblo y gobierno mexicanos esculturas de símbolos y



Escultura conocida como “Coyote Emplumado”, con un personaje dentro de las fauces que tal vez se trate de Topiltzin Quetzalcóatl, elaborada en forma de mosaico de conchas de cinco mares distintos.

personajes importantes para sus naciones, distinciones de todo tipo¹⁰ y hasta vajillas de lujo; se inauguraron numerosos establecimientos educativos y hospitalarios, por supuesto, por todo el país se efectuaron sentidas ceremonias públicas para recordar tan magno acontecimiento.

La celebración también estuvo acompañada de una serie de acciones que influirían en el sesgo que, en materia de lo que ahora llamamos patrimonio cultural, habría de definir el rumbo respectivo en los años siguientes. Por ello, y atendiendo las consideraciones esbozadas en este texto (entre muchas otras), el proyecto *INAH, Tiempo y Nación* pretende participar en la conmemoración del Bicentenario haciendo un recuento analítico de las condiciones políticas, académicas, patrimoniales y socioeconómicas alrededor de 1910, con el fin expreso de conmemorar *el primer centenario de ese Primer Centenario*, de suyo interesante por la abundancia de temas que pueden abordarse alrededor de la percepción de la población de entonces, para eventualmente compararla con la percepción que tendrá la población en 2010. Desde luego, se impone la reedición de la *Crónica oficial de las fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México*, lujosa obra coordinada por Genaro García, que recoge admirablemente el ambiente festivo, patriótico y solemne con que se conmemoró el primer Centenario.¹¹

Son abundantes los temas que posibilitan un estudio crítico de las condiciones en que se celebró el primer Centenario, especialmente en cuanto al tratamiento de los bienes muebles e inmuebles de lo que hoy denominamos patrimonio cultural, así como en cuanto a la entreveración entre academia, política e ideología, quizá más compleja en 1910 que en la actualidad; arrojar luz a esa complejidad nos permitirá entender mejor las causas concretas que darían origen al INAH, 29 años después. A continuación esbozo sólo unos pocos de estos temas de análisis, escogidos por el énfasis patrimonial e identitario:

1. El componente étnico indígena en la valoración de los caudillos mexicanos, como Juárez y Díaz.

2. La consolidación de la República Restaurada y la solidez del control de Díaz sobre el Congreso de la Unión, como sustrato para encauzar el júbilo popular hacia la conmemoración.

3. La urgencia por sostener investigaciones propias de objetos y sitios del patrimonio histórico y arqueológico, por contraposición a las pretensiones de las potencias de llevarse a sus metrópolis objetos antiguos, para estudiarlos allá.

4. El modelo francés de “Inspección” como ejemplo y norma para las agencias del Estado mexicano encargadas de la protección del patrimonio: la Inspección de Monumentos Arqueológicos, la Inspección de Monumentos Artísticos y la Inspección de Monumentos Históricos.

5. La figura de los inspectores de monumentos como dictaminadores patrimoniales de la sociedad civil.

6. La conversión a *monumentos* de edificios y localidades en las que, casualmente, sucedieron hechos de la Independencia.¹²

7. La interrelación personal entre los intelectuales de la época, que, por igual, elaboraron la primera ley universitaria y se ocuparon de inspeccionar, declarar y estudiar objetos del patrimonio, a la vez que se encargaban de conducir las agencias respectivas.

8. La consigna de derramar, sobre una población mayoritariamente analfabeta, una celebración digerida y dirigida hacia fines ideológicos específicos (como considerar al gobierno de Díaz la culminación de la lucha iniciada por Hidalgo).

9. La entreveración de lo político y lo religioso en la imagen de la Virgen de Guadalupe, hoy con un cierto carácter de patrimonio inmaterial de la nación.

Por último, cabría esperar que los resultados académicos del primer centenario del Primer Centenario del inicio de la Guerra de Independencia de México, pudieran contrastarse con resultados semejantes provenientes de estudios críticos sobre la manera en que se festejaron los primeros cente-

narios de los inicios de las guerras de independencia de otros países latinoamericanos. Quizá sea posible detectar esta línea de estudio en los congresos internacionales: *Los procesos de la independencia en la América Española*, a realizarse en 2006 en Colombia y en 2008 en Veracruz.

Notas

¹ En 2003 el Museo Nacional de Historia conmemoró los 150 años del natalicio de Hidalgo, pero el enfoque fue sobre el personaje y no sobre el proceso. Este acto no se declaró explícitamente como parte del Bicentenario.

² Por ejemplo, el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM planeó, desde fines de los años noventa, una serie de ciclos anuales de conferencias sobre el tema a través del *Seminario de Independencia Nacional*, coordinado por el doctor Tarsicio García. A partir de 2001, este Seminario ha realizado tres de dichos ciclos.

³ Las constantes alusiones a la Revolución Mexicana en los discursos gubernamentales empezaron a disminuir sensiblemente en el sexenio de Miguel de la Madrid, fueron muy escasas en los sexenios de Carlos Salinas y Ernesto Zedillo (los tres presidentes de extracción priísta), y fueron nulas en el de Vicente Fox (panista). Si en el siguiente sexenio (2006-2012) vuelve a la presidencia un candidato priísta, es muy probable el regreso a la retórica revolucionaria, habida cuenta del éxito de las muchas acciones e imposiciones estatales que, con esa justificación, se llevaron a cabo por numerosos regímenes priístas. De ser éste el caso, el interés estatal por conmemorar el primer centenario del inicio de la Revolución Mexicana podría igualar, o incluso exceder, el interés por conmemorar el segundo centenario del inicio de la lucha por la Independencia, con la consiguiente decantación de los recursos económicos y apoyos políticos implicados.

⁴ La “historia oficial” como instrumento político-ideológico del Estado en libros escolares, ceremonias cívicas, discursos patrióticos, obras de teatro, programas de radio y televisión, etcétera.

⁵ El lector puede sustituir, al gusto, “capitalista” por “comunista”, “fascista”, “neoliberal”, “priísta”, “panista”, etcétera.

⁶ Aunque no es comparable en magnitud e intenciones con los expansionismos estadounidense y francés, no debe olvidarse

el expansionismo inglés, que en el siglo XIX arrebató a México un fragmento de la antigua Capitanía General de Yucatán, ahora integrado a Belice de acuerdo con el tratado *Mariscal Saint John* de 1893 (Humphreys 1961).

⁷ Es en este ambiente de amor fraternal de los Estados Unidos por sus “hermanos latinoamericanos”, que se lanza una cruzada panamericana de amistad y lealtad “obvias”, que incluyó al ya entonces poderoso aparato propagandístico hollywoodense: en esos años (1945-47) se difunde ampliamente la película de Walt Disney *The three caballeros* (continuación de *Saludos amigos*, de 1942), en la que tres pajaracos (el gallo Panchito, el perico José Carioca y el pato Donald) simbolizaron la unión del Continente Americano corriendo aventuras a través de sus tres principales países, enmascarando detrás del folklore la alerta militar.

⁸ El Museo Nacional (a partir de 1825), las diversas inspecciones de Monumentos (a partir de 1885) y las direcciones de Arqueología y Antropología cumplieron,

hasta los años treinta del siglo XX, la delicada tarea de dotar a la Nación de una conciencia sólida y documentada sobre su identidad.

⁹ Está por verse si, por fin, los académicos le aclaramos a los políticos que Hidalgo nunca inició la lucha porque quisiera independizarnos de España; si así fuera, no habría llamado a las armas al grito de “¡Viva Fernando VII!”

¹⁰ En un acto inusitado para la época, y todavía hoy muy raro, la representación española incluso devolvió a México una bandera conquistada en combate a los insurgentes.

¹¹ Esta obra será de lectura obligada para el comité nacional que se decrete para coordinar las fiestas oficiales del Bicentenario.

¹² Y no sólo las localidades, sino la misma concatenación de ellas, como la *Ruta de Hidalgo*. Los profesores Terán y Gayol, de la DEH, han propuesto el proyecto colectivo *Las rutas de la Independencia en las regiones*.

Bibliografía

CHOAY, Françoise, *The invention of the historic monument*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

FERGUSON, Norman, *The three caballeros*, Anaheim, Walt Disney Productions, Inc., 1944 (película animada).

FERGUSON, Norman, *et al.*, *Saludos amigos*, Anaheim, Walt Disney Productions, Inc., 1942 (película animada).

GARCÍA, Genaro, *Crónica oficial de las fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México*, México, Talleres del Museo Nacional, 1911.

HUMPHREYS, R. A., *The diplomatic history of British Honduras, 1638-1901*, Londres, Oxford University Press, 1961.

NOVICK, Peter, *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*, México, Colección Itinerarios, Instituto Mora, 1997.

TERÁN, Marta y Víctor Gayol, “Para una conmemoración razonada del Bicentenario de la Independencia de México”, en *Diario de Campo* No. 73, México, INAH, 2005.



Brazaletes antropomorfo esgrafiado en sectores. Cultura Huasteca, época Posclásica. Museo Nacional de Antropología. © Foto Martha López y José Antonio González.